

KRISTIAN

Decidió no pensar.

El deseo canceló sus sonrisas, el alcohol irrigó su pecho e inundó la parte trasera de su guitarra, testiga de un descuartizamiento de emociones, convertida en mañanas, ayeres, tiempos olvidados del hoy.

Él, delgado, su piel blanca contrasta con la madurez tímida de sus ojos, alto, sencillo, su voz eclipsa notas entre el Silencio de cada palabra, sus brazos agitan compases, sus pasos fundan sueños, altares. Extraño como los espejos temerosos de sí mismos, de sus pensamientos, del alcance de su olvido.

La noche triste, la luna resbala en la flojera de cielo, las estrellas quizá renacen en otro horizonte.

Cansado recuerda el mar mientras repite en su mente la euritmia de las olas, de la brisa al intentar mezclar en su cuerpo la serenidad que le regala cada instante.

Su habitación atestada del parpadeo de sus ojos, afuera el viento danza con los árboles al tiempo que sus manos acarician las cuerdas, a los lejos la ciudad vacía alumbra sombras. Su nombre Kristian.

Un acorde retumba en su estancia, su alma tartamuda intenta decirle algo... hablar sin reprocharse.

Estira sus piernas lentamente entre movimientos reflexivos como el tiempo, aturcido destiende la cama, recuesta la guitarra, acaricia su cuerpo y la cubre suavemente con las sábanas como si fuera una mujer. Sí, aquel instrumento personifica su anhelo, la pasión deliberada del placer, del deseo palpitante que merodea por sus venas.

Es de noche aunque demasiado temprano para su insomnio; se sienta en la cama, abraza sus piernas sin dejar de observar su guitarra, se estira, le da un beso al levantarse, toma una sudadera, su gorra, y sale para incorporarse entre las calles. Sacude su cabeza para alejar aquellos pensamientos

que lo atemorizan,
que lo seducen,
que lo atormentan.

La noche parece detenerse, querer ser eterna enredándose en sus cabellos.

La luz de un carro ilumina su rostro, le cierra el paso, él por inercia abre la puerta y piensa sólo en la velocidad con la cual se lo lleva la madrugada. El auto parece deslizarse en el asfalto, los minutos ungen campos oscuros en la ventanilla, espantapájaros retienen cuervos, búhos, Silencios.

Han pasado quince minutos recorriendo un pasaje extraño. De repente el rechinar de una puerta despierta a Kristian de aquel ensueño, la realidad reaparece en sus manos, en su sudor, en el viento frío erizando su columna. El auto se detiene, su puerta se abre, él se asoma en el intento de descubrir quién abrió la puerta, a lo lejos observa una sombra entrar en una vieja, tenebrosa y enorme casona.

Se apea del auto, mira el cielo para sentirse acompañado, respira, y al exhalar, las luces de la casona se encienden otorgándole un poco de paz.

La casa está limpia, impecable, el color blanco de su interior contrasta con el misterio de la fachada, inspecciona, su luz le da sosiego, el miedo se va y cierra sus ojos.

Un frío intenso recorre su cuerpo y lo alerta, de reojo observa la silueta púrpura de una mujer escurrirse por la puerta, la sigue, pero en el centro del pasillo sus pies se hunden en el piso. Un escalofrío lo invade nuevamente, se abraza a sí mismo desesperado, el suelo lo succiona, angustiado jala sus piernas, el azulejo es una arena movediza. Abatido hace un esfuerzo y salta, ¡aaahg!

Sin saber cómo se dirige a la habitación donde vio entrar a la mujer. En medio, una inmensa pecera llena el espacio, solamente un pez vive en esa agua clara robada del mar; su nombre Mulier.

Una sonrisa se pierde en el rostro del recuerdo.

Kristian se coteja con aquel pez y adhiere su rostro en el cristal. Estira su mano, pero, antes de poder palparlo la voz de una mujer le dice:

De la sal los cuerpos se queman.

Kristian voltea sin percibir a nadie.

Del Silencio surge el ronroneo de la luna, - pronuncia nuevamente la voz-.

Kristian regresa la mirada, el pez había crecido diez centímetros. El miedo lo corroe, piensa en correr, en huir de ese lugar que le regala tranquilidad por instantes pero no puede, había algo que impedía que se alejara. El pez sigue creciendo ante su mirada y le dice:

*La sal es cuerpo embrujado por escamas; las mentiras son arenas, desierto
incansable mientras las pupilas enloquecen en el agua.*

Kristian grita hasta ensordecer, hasta contagiar a los muros de su consternación nacida del desasosiego, no entendía, ¡todo tenía que ser un sueño! Pero no, no podía serlo... ¡La noche tenía que desaparecer, por lo que implora la luz, el sol, el día, la pesadilla era demasiada!

Un fuerte estruendo invade la habitación. La pecera explota sin que el agua se derrumbe, no cae, pero, el pez ha desaparecido. Su miedo se convierte en terror al percibir que el pez se convierte en Mulier, una hermosa mujer a pesar de no tener cabello. Kristian retrocede un paso, Mulier lo alcanza, toca su rostro y lo besa hasta penetrarlo, Kristian cae, su cuerpo pesa, intenta levantarse sin conseguirlo, se arrastra y consigue llegar a la puerta, al salir el cuerpo de Mulier sale de su interior. Mulier lo observa, Kristian hipnotizado por aquel deslumbrante ser penetra nuevamente en la habitación, se acerca a ella e inhala su aroma al tiempo que masajea suavemente sus senos, Mulier no se mueve, pero su excitación provoca que aquella agua atascada de gravedad se mueva sin despeñarse, los dedos de Kristian enroscan sus pezones y su lengua parece querer secar el rostro de Mulier, la transita como si en ella se reconociera a sí mismo.

En un instante se desconoció, se olvidó de sí mismo al relegar su miedo. Sus cuestiones arrinconan la eternidad de la noche. De repente, el agua se desborda, Mulier llegaba al extremo. Al relegarse en el orgasmo, Mulier desaparece en el Silencio.

Kristian abre los ojos y la ve desvanecerse, inmóvil intenta salvarla, pero sólo logra rescatar sus palabras:

La creación surge de la nada, la pasión es agria al engendrarse entre las piernas y el Silencio en el mar se asesina en los murmullos.

Kristian no comprende, sólo siente el resbalar de una lágrima, que al caer cristaliza el agua desbordada creando un espejo de mercurio en el suelo, se pega a la pared, intenta limpiar su sudor, pero es difícil eliminar la mezcla de sus flujos con la viscosidad obtenida del cuerpo de Mulier.

El espejo de mercurio se suaviza y se mueve sinuosamente, Kristian se deja caer y grita.

Es un grito de demencia, de Silencio, de tiempo, de él, sí, de su interior, de su alma. En ese instante, el quejido de su eco provoca que el espejo de mercurio se convierta en arena.

Kristian observa, toca la arena, la siente deslizarse entre sus dedos, reflexiona, se quita su sudadera y dudosamente la sumerge en ella; sus ojos ven hacia todos los puntos sin ver nada, embarra nuevamente la sudadera, busca la salida y corre.

El día ha vencido a la noche.

Entra a su cuarto, se acerca a la cama, destapa la guitarra y la viste con la sudadera. Nuevamente aquel misterioso escalofrío lo violenta.

Una nube tapa el sol y en lo sombrío del instante la madera de la guitarra se mueve, se amolda, el color cambia, un rojo oscuro bautiza el barniz. Kristian ríe al tiempo que las cuerdas suenan estridentemente sin ritmo, sin matiz.

Kristian le ha devuelto la vida a aquel demonio, a esa mujer hermosa transparente. Acaricia a aquel ser de madera y mientras se desnuda las cuerdas se separan, se enrollan para formar los pechos de Mulier.

Las palabras no existen, y en su excitación no comprende por qué otorgaba a su guitarra lo que le faltaba, ¡su alma!

Aquella madera renacería cada vez que fuera tocada, en cada nota, en cada acorde – pronunciaba Kristian en su mente mientras satisfacía su deseo –.

La cadera de la guitarra penetra entre sus rodillas al tiempo que sostiene sus piernas con su mano izquierda y presiona sus senos al rasguear su ombligo con la derecha.

El tiempo se disipa en esa realidad, los segundos se acrecientan en cada intervalo, la melodía llega a su fin, la cadencia cae, la armonía precisa, un sonido, una nota, un Silencio, el jadeo, la saliva, la lengua sobre los ojos, el clímax, el... cansancio.

Suelta la guitarra, retoma la realidad asustado, enloquecido. La guitarra recobra su forma natural, él intenta comprender, toma la guitarra nuevamente para perderse; la guitarra se transforma, él la suelta y regresa a su forma habitual.

Kristian se asoma por la ventana, las nubes descorchan el sol, observa sus manos, cada uno de sus dedos, reconoce en su sexo desnudo el instinto, se aproxima a la guitarra, la acomoda junto a su músculo erecto, la gestación comienza, germinan notas, acordes, jadeos, caen sudores, pleamares, recuerdos.

El olvido se transforma en instantes, lapsos en los que se entregan los cuerpos, segundos donde se eximen las almas, finitudes sin tiempo entre aquél intercambio perpetuo, tal vez un poco enfermo, donde la música se posesiona del cuerpo y las almas arrullan el mar, sin la necesidad del viento...

Martha Leticia Martínez de León... *Silencio*